

Romero, Luis Alberto

Breve historia contemporánea de Argentina.

Bs. As., F.C.E., 1994.

Qué lugar existe hoy en el mundo para Argentina?Cuál es la organización económica posible para asegurar algunas metas mínimas? Qué características y funciones ha de tener el Estado para garantizar lo público, racionalizar la economía, asegurar la justicia? Qué condiciones serían factibles para promover la creación y el pensamiento crítico y comprometido en el ámbito que aglutina a los intelectuales? En fin, qué posibilidades hay de alcanzar la reconstrucción de la sociedad y de asegurar la democracia?

Es desde estos interrogantes —sin duda fundantes— que el autor intenta reconstruir la historia de nuestro país a partir de la primera década del siglo XX, dejando explicitado «...que mi lector implícito eran mis hijos, y los de su edad, adolescentes y

niños: los que casi no tienen noticias de nuestro pasado reciente, ni siquiera de los horrores más cercanos, pues nuestra sociedad cada vez cuida menos de su memoria...».

El desafío es arduo, pero su concreción vital y trascendente. En un contexto social como el actual, nutrido de medios de comunicación de masas que generan incesantes y fluidos cúmulos de distintos tipos de información, propender a la articulación entre pasado y presente —precisamente desde la Historia— cobra real envergadura.

Y creo que es éste el mayor mérito del libro de Luis A. Romero, en tanto contribuye a responder preguntas, pero también a formular muchas más.

Partiendo de los interrogantes antes mencionados, el autor organiza el texto en función de distintos períodos de la Historia argentina: «Los gobiernos radicales 1916-1930», «La restauración conservadora 1930-1943», «El gobierno de Perón 1943-1955», «El empate 1955-1966», «Dependencia o liberación 1966-1976», «El Proceso 1976-1983» y «El impulso y su freno 1983-1993».

En todos los casos —y sobre la base de los criterios de organización adoptados— se apunta a privilegiar una visión global del proceso histórico, descartando la presentación de los conocimientos en forma atomizada, fragmentaria y, por ende, desvinculada de la realidad.

Éstos están referidos esencialmente a los siguientes aspectos para los diferentes períodos acotados: concierto internacional; evolución político-institucional y prácticas políticas; transformaciones en el ámbito productivo; diversificación y complejización de la sociedad por la emergencia de nuevos sujetos sociales; evolución de la organización obrera y dinámica sindical; transformaciones del Estado y políticas públicas específicas; comportamiento de las principales corporaciones (empresariales, Fuerzas Armadas, Iglesia, sindicatos); crisis de representatividad; procesos significativos del ámbito intelectual y académico; tránsito de la Universidad desde su condición de promotora de la movilidad y del ascenso social, a su entidad de «isla democrática» a partir de 1955, y a su conversión en «centro de agitación y reclutamiento» durante la década de los 70; cambios culturales, sobre todo durante el período de los gobiernos peronistas —cuando los sec-

tores populares acceden a ámbitos antes vedados, tales como el consumo, la ciudad, la política—, y en los años 60, durante los cuales las transformaciones en las formas de consumo inciden claramente en la diferenciación social. Quizá un párrafo aparte merezca el comentario acerca del capítulo referido al período 1976-1983, en función de la existencia de un genocidio de enorme magnitud y de la supervivencia de una sociedad controlada por el terror en el nefasto contexto de una «cultura del miedo», procesos patéticamente originales en el devenir de nuestra historia.

Sobre la base de estas consideraciones generales en tomo al contenido del libro de Luis A. Romero, quisiera destacar dos tipos de conclusiones que han surgido categóricas después de la lectura:

En primer lugar, creo que el libro —en función de sus contenidos y de las perspectivas escogidas para el análisis— es valioso para alumnos de los últimos años del nivel medio y del terciario, en tanto se erige en un elemento referencial destacado y permite adscribir a metodologías activas, incentivando la participación y priorizando el énfasis en las dimensiones creativas y críticas. Además, es un texto susceptible de asistir al docente en la tarea de organizar sus explicaciones, plantear actividades significativas y adecuar contenidos y prácticas a las particularidades de los alumnos. Ante la necesidad y/u opción de dar respuestas especiales a la diversidad de requerimientos en el aula —promoviendo la contrastación de categorías y procesos a través de la discusión de hipótesis y argumentaciones— considero que el libro de Luis A. Romero también responde, en tanto exhibe

su contenido y los resultados de su estrategia de análisis, como potencialmente diversificables.

En segundo lugar, es de destacar el valor del libro en tanto coadyuva al avance de la Historia como ciencia social, estrechamente vinculada al presente, y a la profundización en la toma de conciencia de todos aquellos que «hacemos» y «enseñamos» Historia. En efecto, creo que el libro en cuestión da cuenta con amplitud de los dos signos de identidad de una historiografía crítica, según la argumentación de Josep Fontana: «globalización», o sea, la voluntad de «recoger los fragmentos de una historia trozada para reconstruir una visión unitaria del hombre en todas sus dimensiones...con el fin de superar las consecuencias del fraccionamiento cientificista»; y «politización», en tanto siempre detrás de toda interpretación histórica habita también una «política», pero sin olvidar que «politización significa también volver a dirigir nuestro trabajo al conjunto de los que nos pueden leer y escuchar, lo que nos obligará a hablar de aquello que pueda importar a los más —de problemas reales de la sociedad y del hombre—...»¹

En el epílogo del libro, Luis A. Romero intenta delinear los perfiles más nítidos de «La nueva Argentina», destacando procesos actuales que tienen que ver con la destrucción del Estado, el liberalismo a ultranza —cuyos intelectuales «son apenas comunicadores sociales»—, la «erosión» en el mundo del trabajo, la atomización de la sociedad y el deterioro de los vínculos de solidaridad y de las redes sociales, el desvanecimiento de los principales cauces de participación (sindicatos, partidos políti-

cos), las prácticas políticas, más cercanas al «espectáculo que al debate público. Y sobre la base de este diagnóstico, «...la democracia en la Argentina —afirma Romero— parece carecer de la vitalidad necesaria para imprimir cambios en la sociedad, lo cual la hace a la vez poco peligrosa y poco útil. En su horizonte sólo se vislumbran o la apatía creciente o la adhesión general a dirigentes milagrosos».

La pesada sensación de agobio parece aligerarse en el párrafo final del libro, cuando el autor deja entrever un haz de luz al plantear la posibilidad de que la sociedad «que hoy está ausente del debate público reencuentre la voz, la convicción y los intérpretes que ha perdido...»

En este marco de desconcierto, de pérdida de confianza en potenciales programas alternativos, de desesperanza e inercia social, la labor del historiador es ineludible, sobre todo para intentar recomponer una visión crítica del presente, sobre la base de una «re-visión» constante del pasado, como punto de partida para intentar generar un nuevo proyecto social. Y en este sentido, creo que la lectura del libro de Luis A. Romero proporciona una respuesta solvente, fundamentalmente si sus potenciales interlocutores padecen el devenir de una sociedad que no repara ni en el imperativo ni en el compromiso de conservar su memoria.

Y parafraseando nuevamente a Josep Fontana, respecto a su concepción de la «utilidad social» de la Historia, en tanto es, de entre la ciencias sociales, la más próxima a la vida cotidiana y la única que abarca lo humano en su totalidad, quiero destacar la relevancia de propender a la generación

de la conciencia histórica, preocupación central en el planteo inicial de Romero. «Por desconcertados que nos sintamos — asevera Fontana— sabemos que nuestra obligación es ayudar a que se mantenga viva la capacidad de las nuevas generaciones para razonar, preguntar y criticar, mientras entre todos reconstruimos los pro-

gramas para una nueva esperanza y evitamos que, con la excusa del **fin de la historia**, lo que paren de verdad sean nuestras posibilidades de cambiar el presente y construir un futuro mejor...De entre cuantos enseñan ciencias sociales, esa **función recae ante todo en los historiadores**»².

Silvia B. Lázzaro
(UNL - CONICET)

(1) FONTANA, Josep. *La Historia después del Fin de la Historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*. Barcelona. Crítica, 1992, pág. 123-124.

(2) *idem*, pág. 143-144